

INFLUENCIAS BIBLICAS EN EL «ROMANCERO DE DON ALVARO DE LUNA»

El año mil cuatrocientos - cincuenta y dos ha pasado
«del muy santo nacimiento - del Hijo de Dios sagrado.
«Presidentes y oidores - y todo el real senado,
«están viendo un proceso - de crimen muy sustanciado
«contra don Alvaro Luna, - del rey don Juan gran privado»
(993).

Así comienza uno de los treinta y siete romances que recogió don Agustín Durán (del 986 al 1021, del «Romancero general», t. II, de la Biblioteca de Autores Españoles —el núm. 1011 es doble—) dedicados a don Alvaro de Luna. Del «Maestre Santiago, —de los privados ejemplo», que en la primera mitad del siglo XV fue la única cabeza que detentó la política de Castilla, el romancero no ha recogido nada anterior al hecho de su proceso y muerte. Incontables años al servicio de su rey y del reino que adoptó, no interesaban a esta poesía exenta de la vanidad de una firma.

El acontecimiento era sensacional. La priveranza fue tan absoluta y duradera que nadie sabía, ni el mismo rey, cómo había de terminar. Y cuando don Alvaro desaparece tan violenta, pavorosa y extrañamente, habría de quedar en la mente del pueblo que presenció el cadalso de Valladolid una obsesión permanente durante siglos. Los años de priveranza y poder se olvidan; y queda la pesadilla, el momento de su muerte y los previos, para narrar y cantar.

Sobre el fin del personaje se han recogido estos «fragmentos de humanidad que vuela a través de siglos y de espacios», con palabras de Jarnés.

Treinta años condestable de Castilla era demasiado tiempo para no tropezar con sinsabores y envidias, a pesar de que no siempre sería desacertado en sus funciones. Conocería en su vida el De Luna tres destierros, y varios intentos de asesinato en su último año, hasta que Juan II arbitró la fórmula del «proceso», que fue algo así como un asesinato organizado desde la corona.

Pese a tantas advertencias, se portó don Alvaro como un insensato. No comprendió la veleidad del pueblo, que adula, pero, desagradecido, olvida pronto. Hay que abandonarle para que conozca nuevas gestiones. Y seguirá el turno, salvando solamente la enfermedad monárquica del momento. El poeta, convertido en moralista a deshora, aconseja:

«Las privanzas con los reyes -deben por cierto estimarse
«cuando a cada cual se dan -cargos que al mundo no es-
[panten» (1002).

Este privado debió darse cuenta de ello con tiempo; pero no quiso nunca desertar, abandonando a su rey. No comprendió que:

«es un sueño la privanza, -y en sueños no hay que creer»
[997).

De la entrevista de Mayorga, donde se concertó la alianza matrimonial entre Castilla y Portugal, partiría la desgracia del privado por causa de inmiscuirse, quizá con honradísima intención, en pormenores de la vida privada del rey. Isabel de Portugal fue su enemigo más poderoso y definitivo. Ya pudo el condestable, solitario y aislado, considerar su causa perdida un año después de la boda real, cuando invitó a los reyes al mejor palacio de Castilla, que era el suyo de Escalona. Aún salvaría la vida del rey en Palenzuela, a riesgo de perder la propia.

Don Alvaro de Luna fue quien más alto llegó en la corte castellana. Los romancistas le comparan con el «ciprés» (986), «co-hete» (1004), «yedra» (1012), «agua y espuma» (1019), y aún con la «luna», como su apellido, que llegó a emparejarse con la del cielo.

Aquel «real senado» comienza a actuar, en presencia del rey, cuando estaba el condestable recluido en Portillo. Y comienza su fallo:

«Dan una cruel sentencia, - todos en uno acordando
«que le priven de sus tierras, - que le quiten sus estados
«de condestable en Castilla, - de Maestre de Santiago,
«de conde de Santisteban, - a Trujillo y su ducado,
«y que vuelva a la corona - del Rey, de do fue usurpado»
[993).

¿Cuarenta y tantos años de servicio a la corona no tuvieron la más mínima remuneración? Don Juan no aplazó mucho el tiempo para comenzar la rapiña, impunemente y en provecho propio, entre los bienes particulares de su condestable. Escalona tuvo la culpa: de haberse entregado su fortaleza y quedado a merced de la voracidad real, dejando ya a don Alvaro en la miseria, es posible que le hubiese perdonado. Entonces ordenó abrirle proceso. El procesado, en su intimidad, no puede suponer que honores, títulos, gloria, riquezas y bienestar, todo acabaría en un punto. Se creía muy cerca de las estrellas, como en la metáfora, donde no pueda dar «vuelta la rueda varia» (987). Sin embargo, el poeta anónimo pone en boca de un pajecillo que hablase al condestable:

«Non vos fieis de fortuna, - que cuido que horrible os mira,
«y es sin prudencia su rueda - y os puede abatir de arriba»
[989).

El 1 de junio de 1453 llegó a la fortaleza de Portillo la orden de ejecución de don Alvaro de Luna, para ser cumplida en Valladolid. El era cristiano al modo que pudiera serlo un grande de la época. Los romances y la historia van a recoger los momentos trascendentes de su vida en esta situación.

Cabalga silencioso, recelando de aquel viaje, aunque sin sospechar que se ha iniciado su calvario. A mitad de la etapa, se hacen los contradizos dos franciscanos, encargados de confesar a un reo que desconoce su sentencia. Fray Alonso de Espina tiene que hacer surgir el tema con toda la delicadeza que le sugiriese su experiencia predicadora y teológica, para hablar al Maestre de San-

tiago de la inconstancia cón que se mueve la fortuna; de los reveses que prepara a los encumbrados; de la miseria de las cosas del mundo —señala César Silió y Cortes—. Muy sorprendido don Alvaro por el tema y por el tono de la conversación, tenía que preguntar si aquello significaba que iba a morir. La contestación fue discreta:

—Todos, mientras vivimos, caminamos hacia la muerte; pero el hombre preso está más próximo a ella, y vos, señor, estais ya sentenciado.

La historia ha recogido unos pensamientos que reflejan su conciencia de cristiano, que sabe que todo, bienes, belleza, poder, ha de quedar en la tierra cuando Dios dispone llevarse al hombre al polvo de que procede. De este tenor son las reflexiones que le hace su truhán:

«...pues que todo fue prestado, - la honra, vida y hacienda,
«justo es que agradecido, - a quien te lo dió, lo vuelvas»
[(1004).

Desamparado de todos (1011), repasará con amargura muchos momentos de su vida, pese a los consejos del religioso, que le exhorta a pensar sólo en la otra. En octosílabos se le hace decir algo muy expresivo:

«Aquí verá todo el mundo, - que es el mundo tan cruel,
«que hoy me baja la cabeza, - y un tiempo me alzó los pies.
«Hasta aquí cual comediante - fui conde, duque y marqués,
«y soy lo que un hombre pobre - después que me desnudé»
[(997).

Confesor y penitente no se apartaron hasta el último momento de éste. Los romances recogen el pensamiento y casi las palabras de ambos personajes, todo ello impregnado, como el caso requiere, de catolicismo y escriturística. En trozos del romance no son meras alusiones salpicando la producción: son, como en el romance 1008, cuando «Don Alvaro, puesto en capilla para morir, se encomienda a Dios», composiciones auténticamente plenas de estos ideales. El autor se concreta al trance del condestable; imagina el contorno y la actitud del sentenciado:

«En una oculta capilla,- a do está encerrado y preso,
«el gran don Alvaro solo-aguardando el fin postrero,
«en la tierra arrodillado,-inclinado rostro y pecho,
«adoraba un crucifijo -que estaba en sus aras puesto» (1008).

Fray Alonso le insta para que confíe en la misericordia infinita de Dios. Así se queda recogido:

«...pedid perdón muy humilde-y con el alma contrita
«al Omnipotente Dios,- que es lo que más os cumplía» (991).

Y además del de Omnipotente, aparecerán en los romances más atributos divinos, mencionados en el grupo que hemos escogido: Dios Juez infalible (988, 1007, 1013, 1014), Sapientísimo (1002), Consolador (1008), Piadoso (1010); y la Virgen permanente intercesora ante El (1013).

El rey olvidó su amistad y no ha querido verle desde antes de comenzar el «proceso». Todo lo ha perdido ante él, y en verso se pone en boca del condenado:

«Tu misericordia es falsa,- tu justicia no la temo,
«pues voy delante de un juez- más justo y más justiciero»
[(988).

En amaneciendo, dice la «Crónica del Rey», «oyó misa muy devotamente e rescibió el cuerpo de Nuestro Señor». Habrá pronunciado palabras semejantes a las del romance, frente a Dios:

«Dadme la mano divina,- saldré d'este lago y cieno,
«d'esa clemencia ayudado,- que me lleve a llano puerto»
[(1008).

Dando así por olvidadas todas su dichas pasadas y el mal presente. Después llegó el trance final sobre el cadalso alzado en el centro de la plaza Mayor de Valladolid. Al subir al tablado, adoró la cruz, hecho que dio lugar al romance 1014, titulado «Apóstrofe que hizo don Alvaro estando sobre el cadahalso a la cruz de Santiago que llevaba en su pecho»:

«¡Oh cruz, mil veces triunfante — del fuerte orgulloso libro!
 »¡Mal aposentada fuiste — en este mi pecho indigno,
 »pues debiendo derramar — esta sangre en tu servicio,
 »he venido a que un verdugo — la vierta con un cuchillo!»
 [(1014).

Después, preparó por sí su cuello; se inclinó, rezando, y el cuchillo del verdugo segó aquella vida.

* * *

El trance vital de este hombre, que relatan los romances, hace suponer que la influencia mayor que reciben proviene del Nuevo Testamento. El tema de meditación tiene sus raíces en un libro moralizador del Antiguo. No hay que profundizar en los numerados 1008, 1013 y 1014, más que en otros, para encontrar citas que comprenden desde el nacimiento del Hijo de Dios, hasta su muerte crucificado. Del Nuevo Testamento hallamos ideas que son del dominio de todo cristiano, aun del no muy versado en Sagrada Escritura. Así, la adoración del Crucifijo, nuestro símbolo, en el que está sacrificado Jesús, el divino «Nazareno vendido» (1014), el «nazareo» (= nāzîr = «consagrado»), de que se habla en Nm. 6¹⁻²¹.

Del trance de la inmolación de nuestro Salvador se alude a dos momentos decisivos: aquél en que Cristo, entre los ladrones, ve inmediato el de su tránsito (Lc 23⁴⁶):

«Un fraile le quitó el Cristo, — don Alvaro bajó el cuello,
 «con voz alta dice a Dios: — En tus manos me encomiendo» (1013);
 «...dulce Señor Mío, — mi alma se os encomienda» (1012);

el otro instante del sacrificio de Jesús es Jn 19³⁴, cuando el centinela (*unus militum*) da al Señor la lanzada:

«Rompió el divino costado — el temple agudo del hierro,
 »y la gravedad del mío — otra vez lo ha descubierto» (1008).

Para la Madre de Dios, hay las palabras precisas rogando el descargo en el juicio supremo del alma; a Ella, concebida sin mancha, invoca (Mt 1²³, con antecedentes en Is 7¹⁴):

«Vos, Virgen inmaculada — de la encarnación del Verbo,

»aquél que en vuestras entrañas — fue a todo el mundo re-
[medio,
»rogad a vuestro Hijo...» (1013).

Por envidia fue tentado también Jesucristo (Mt 4¹⁻¹¹; Mr. 1¹³; Lc 4⁴⁻¹³):

«... no te fíes — cuando traidores te cercan
»pues aun el sol de justicia — no se escapó de sus tretas»
(1004).

Después será tratar del Nacimiento, indicando el lugar; Belén (Mt 2¹; Lc 2⁷):

«... bajado del cielo al suelo
»a padecer por el hombre — muerte de cruz y tormento.
»tan pobre en Belén naciste, — que desnudo al crudo hielo
»os recostó vuestra Madre — entre dos animalejos» (1003).

De hechos evangélicos, encontramos una alusión a la parábola del Buen Pastor (Mt 18¹²⁻¹³; Lc 15^{4,7}; Jn 10^{11,16}):

«Alzad, pastor amoroso, — volved esos ojos bellos,
»que soy la oveja perdida, — y a vuestra manada vuelvo»

Y seguidamente dice:

«Y pues mandaste, Señor, — al pontífice San Pedro
»tantas veces perdonase — cuantas se acusase el reo» (1008),
de Mt 18²¹⁻²², al que parece seguir:

Las pasiones surgen apenas creado el mundo, y están representadas como un dragón —visiones de Ezequiel— o como una serpiente (Gn: 3¹). El romance 1004 alude al Ap 12^{7,12}:

«Ved de Luzbel la privanza, — que cayó por la soberbia,
»que aun los ángeles peligran — en la privanza y alteza».
[1004).

También será factor importante en la tragedia humana del principio, apenas creado el hombre de la materia que a Dios pareció mejor (Gn 2⁷):

«De la más humilde tierra — el piadoso Dios nos hizo,
»y, como mejor, al hombre — sobre todos dio dominio»
[(1907).

Y después la segunda gran tragedia: el fratricidio cometido con Abel (Gn 4^{1.4}):

«En el tablado do estoy — aguardando el cruel martirio,
»hoy represento de Abel — la humilde inocencia al vivo»
[(1007).

Para Josué hay un recuerdo aislado, tomado del canto bélico a la victoria de Gabaón (Js 10^{12.13}), que muestra el contraste de situaciones:

«En vencer mis enemigos — nada a Josué me parezco,
»pues él venció con la luz, — y yo con ella perezco» (986).

Y como final de referencias generales que el romancero de don Alvaro de Luna anota de la Sagrada Escritura, baste indicar la repetición de la estatua con pies de barro del sueño de Nabucodonosor (Nebúkadne'sar), hecho semejante al que edifica en falso reputación, bienes, conducta. Perfectamente valía a don Alvaro tal ejemplo:

«Fabricaste en mí una estatua — cual Nabucodonosor;
»mas fueron los pies de barro — y al primer golpe cayó»
[(1000);

«De Nabucodonosor — en mí la estatua contemplo
»de oro y polvo levantada, — que deshecha vino al suelo»
[986).

* * *

La tesis del «Qōhéleṭ» o «Eclesiastés» es «vanidad de vanidades; todo es vanidad» (Ecls. 1²); agregando:

«Hay un mal que yo vi debajo del sol y que pesa muy gravemente sobre el hombre. Uno a quien Dios dió riquezas, »hacienda y honra, y a quien nada le falta de cuanto su »deseo pueda desear, pero a quien Dios no le deja gozar »de todo eso, sino que lo gozan los extraños. Esto es vanidad y mal trabajo» (Ecls 6^{1.2}).

Es el balance a deducir de la vida de don Alvaro de Luna, reflejada a lo largo de los treinta y siete romances que se ocupan de él, y que concretan, al par que hacen historia de la caída del famoso valido, que:

«El que cava una fosa, dentro de ella cae, y el que des-
»hace una pared es mordido de la sierpe. El que rueda una
»piedra se hace mal con ella, y el que parte leña corre el
»peligro de herirse con ella» (Ecls 10^{8.9}).

Si el detestable de don Juan II desconocía estas máximas, posteriormente el cantar popular supo sacar lección y hallar analogías de cuanto le sucedió con el profundo contenido del «Eclesiastés»; y representó a varios «qōhéleṭ» en sus romances: fray Alonso de Espina (991), «un religioso» (1003); «un paje» (989) o el bufón del maestro: «el que fue truhán en burlas — es predicador en veras» (1004), y aun la propia víctima en sus diálogos (986, 997) o reflexiones (992, 1007, 1010, 1012).

No hallamos en los 2500 octosílabos un resquicio risueño para la esperanza; desde los primeros:

«Hablando están sobremesa — con puridad y silencio,
»los ojos enternecidos, — los ánimos inquietos» (986),
en que don Alvaro presiente su ruina; hasta los remates de los últimos:

«Cortó el astuto verdugo — de los hombros la cabeza»
[(1012):

«Entre la luna y un paño, — llovió sangre, gritó el suelo»
[(1019):

todo es un muestrario aleccionador para gobernantes advenedizos, entresacado del realísimo drama que fue la vida de «aquel »bastardo de apostura gentil..., político avisado y habilísimo y un »terrible adversario de aquella nobleza que le aborrecía» («Historia» de Ballesteros, III 1.^a).

Las ideas del «Eclesiastés» están esparcidas por todo el romancero, limitándonos ahora a confrontar las referencias que nos parecen comunes, en muchos casos de semejanza sorprendente.

«Un declarado enemigo
»pone a mi vida estropezo,
»de la codicia engañado,
»nacido en el hondo infierno.
»Dicen que se llama envidia
»y aunque en rostro y talle es bello,
»víboras le despedazan
»vientre, entrañas, pecho y cuerpo»
(986).

«La humildad todo lo vence
»con los reyes, las porfías
»son vaivenes peligrosos,
»dan miserable caída»
(987).

«Ejemplo dejó en la tierra
p»orque el hombre mire arriba:
»no hay seguridad humana
»sin contradicción divina» (987).
«Hoy juzga el cielo mis culpas
»en el divino concilio,
»y el verdadero Juez sabe
»que en nada al Rey he ofendido»
(1007).

«... en traidores en muy cierto,
»en haciendo una traición,
»no parar hasta hacer ciento»
(988).

«Non vos fieis de fortuna,
»que cuido que horrible os mira,

«Vi también que todo traba-
»jo y cuanto de bueno se hace
»mueve la envidia del hombre
»contra su prójimo. También
»esto es vanidad y apacentarse
»de viento» (4⁴).

«Cuando un poderoso se enfu-
»rezca contra ti no le repliques,
»porque la masedumbre impi-
»de grandes males» (10⁴).
«No digas mal del rey ni aun
»con el pensamiento; ni digas
»mal del rico ni en tu alcoba,
»porque los pájaros llevan la
»noticia y un alado hará saber
»tus palabras» (10²⁰).

«Dios juzgará al justo y al in-
»justo, porque hay un tiempo
»destinado para todo y para to-
»da obra (3¹⁷).
«Porque Dios ha de juzgarlo
»todo, aun lo oculto, y toda ac-
»ción, sea buena, sea mala»
(12¹⁴).

«... que hace el pecador cien ve-
»ces el mal y pervive...» (8¹²).

«...ni aun su hora conoce el
»hombre. Como pez que es cogi-
»do en una mala red y como
»pájaro que se enreda en el la-

»y es sin prudencia su rueda
»y os puede abatir de arriba»
(989).

«... que le priven de sus tierras,
»que le quiten sus estados
»de condestable en Castilla,
»de Maestre de Santiago,
»de conde de Santisteban,
»a Trujillo y su ducado,
»y que vuelva a la corona
»del Rey, de do fue usurpado»
(993).

«Pésame que a las dos pobres,
»mi hija y la mi mujer,
»lo que en veces me había dado
»se lo quite de una vez»
(997).

«Don Alvaro el condestable,
»muy otro del que antes fue,
»que, como dicen, no somos
»hoy lo que fuimos ayer»
(997).

«Decidle (*al rey*) que no me pesa
»morir, que natural es» (997).
«Galanes los de la corte,
»hidalgos y caballeros,
»tomad ejemplo en mi muerte,
»que es muerte que causa ejemplo
(1013).

»zo, así se enredan los hijos de
»los hombres en el mal tiempo
»cuando de improviso los co-
»ge» (9¹²).

«Emprendí grandes obras, me
»construí palacios... Amontóné
»plata y oro, tesoros de reyes
»y provincias... No privé a mi
»corazón de goce alguno» (2⁴.10).

«Hay un trabajoso afán que he
»visto debajo del sol: riquezas
»guardadas para mal de su due-
»ño. Piérdense estas riquezas
»en un mal negocio, y a los hi-
»jos que engendra no les que-
»da nada en la mano» (5¹².13).

«Nunca digas: ¿Por qué es que
»los tiempos pasados fueron
»mejores?, porque nunca pre-
»guntarás esto sabiamente»
(5¹⁰).

«No sabe el hombre lo que se-
»rá, y lo que sucederá nadie se
»lo da a saber» (10¹⁴).

«El sabio... y el necio... tam-
»bién vi que una misma es la
»suerte de ambos» (2¹⁴).

«...una misma es la suerte de
»los hijos de los hombres y la
»suerte de las bestias, y la
»muerte del uno es la muerte
»de las otras, y no hay más que

«A la muerte me condenas,
»con gusto a la muerte voy;
»que es bien que sigues la espiga
»que tu mano cultivó»

(1000).

«Adiós, privanza de reyes,
»loca vanidad, adiós,
»pues ayer me acompañásteis
»y sólo me dejais hoy»

(1000).

«¡Qué de lisonjas, mentiras,
»Presunción y glorias vanas,
»locuras y menosprecios,
»honras, riquezas soñadas!
»¡Qué de máquinas, codicias,
»tráfagos, pleitos y trampas,
»sobornos y tiranías,
»iras, poderes, venganzas!
»Arrincona la humildad,
»triunfa y vale la ignorancia,
»que en el favor, interés
»tiene seguras espaldas»

(1003).

«Por traidor dicen que muero,
»Dios y el Rey muy bien lo saben:

»un hálito para todos, y no tie-
»ne el hombre ventaja sobre las
»bestias, pues todo es vanidad.
»Unos y otras van al mismo lu-
»gar; todos han salido del mis-
»mo polvo, y al polvo vuelven
»todos» (3^{19,20}).

«Guarda el mandato del rey a
»causa del juramento hecho a
»Dios. No te apresures a ale-
»jarte de su presencia ni per-
»sistas en cosas que le desagra-
»dan, porque puede hacer cuan-
»to quiere, pues la palabra del
»rey es eficaz, ¿y quién podrá
»decirle: Qué es lo que haces?»
(8^{2,4}).

«... vanidad de vanidades; to-
»do es vanidad» (1²).

«... sigue los impulsos de tu
»corazón y los atractivos de tus

»ya con el Rey no hay disculpa,
»con Dios sí, no hay engañarle»
(1002).

«Pero al fin el rey es mozo
»y sujeto a novedades,
»y mis enemigos muchos,
»y continuo su combate»
(1002).

«Lo de ayer ya se pasó,
»lo de hoy cual viento pasa»
(1003).

«En cien años, si hay de vida,
»de contento una hora falta»
(1003).

«Vengúeme de cierta injuria;
»mas en este trueque y cambio
»hice mucho bien a buenos,
»y muy poco mal a malos»
(1010).

«La tierra de la ambición
»pasó al segundo elemento,
»poniéndose entre planetas,
»y vino la Luna al suelo»
(1016).

«Y como todo es finito
»el bien que nos da la tierra,
»en tierra me vuelvo yo
»con esta inmortal afrenta»
(1012).

«Yo muero muy consolado,
»que esta muerte me convino;

»atractivos de tus ojos, pero
»ten presente que de todo esto
»te pedirá cuenta Dios» (11⁹).

«¡Ay de tí, tierra, que tienes
»por rey a un niño, y cuyos go-
»bernantes banquetean de ma-
»ñana!» (10¹⁶).

«Lo que es, eso fue ya, y lo que
»fue, eso será, y Dios vuelve a
»traer lo que ya pasó» (3¹⁵).

«Todos sus días son dolor y to-
»do su trabajar fatiga, y ni aun
»de noche descansa su corazón»
(2²³).

«No hagas mucho mal ni seas
»insensato: ¿Por qué has de
»querer morir antes de tiem-
»po?» (7¹⁷).

«Unos y otras van al mismo lu-
»gar; todos han salido del mis-
»mo palvo, y al polvo vuelven
»todos» (3²⁰).

«... y se torne el polvo a la tie-
»rra que antes era, y retorne a
»Dios el espíritu que El le dio»
(12⁷).

«En el día del mismo bien goza
»del bien, y en el día del mal

»que Dios da lo que conviene,
»si no da lo que pedimos»
(1014).

»reflexiona que lo uno y lo otro
»lo ha dispuesto Dios, de modo
»que el hombre nada sepa de
»lo por venir» (7¹⁴).

«... el justo y el sabio, y sus
»obras están en las manos de
»Dios, y ni siquiera sabe el
»hombre si es objeto de amor
»o de odio; todo está encubier-
»to ante él» (9¹).

* * *

Esta sucinta enumeración de las coincidencias ideológicas existentes entre tal grupo de romances y uno de los libros más moralizadores del Antiguo Testamento; y la parte primera, que siguió al apesadumbrado don Alvaro de Luna en sus últimos instantes, señalando las diseminadas notas con reminiscencia bíblica que al correr los octosílabos se destacaban, no tienen mayor empeño que el de aportar una ínfima consideración para el Romancero español, en el que, dentro de nuestra literatura menos culta, se encierra también parte del rico venero digno de tenerse en cuenta al hacer el estudio general de las influencias bíblicas en la literatura española.

Pascual Pascual Reuero